

de larga barba blanca, que unas veces lleva sobre las armas sobrevesta de luto, y otras viste hábito de fraile benedictino.

—La edad no impide el amor de las mujeres, contestó con voz ronca Mojammet-el-Ansarí.

—La sultana no se quita el arnés nunca, mas que de tiempo en tiempo, para mudarse las vestiduras interiores; vive sola en su tienda; en ella, despues del toque de queda, no entra nadie ni hay nada que indique que ese caballero anciano sea amante de la sultana.

—Dios sabe lo oculto, dijo el rey: cuando las mujeres se olvidan de la vergüenza, cuando atropellando por todo abandonan su padre y su familia, no hay que esperar nada de ellas: yo te agradezco el que hayas venido á avisarme el paradero de la sultana, y te mando que vuelvas allá y hagas de modo que de ella te apoderes y me la traigas: para que puedas obedecer mi mandato, llevarás contigo mucho oro para que pagues á aquellos cuya ayuda necesites para llegar al intento. Ahora, véte.

VII.

Al dia siguiente, con cartas del tesorero del rey de Granada para judíos de Valladolid, en que se les mandaba diesen á Hamete cuanto dinero necesitase, partió aquel de Granada, y tomó la vuelta de Valladolid, llegando á él al décimo dia.

Nuestros lectores saben que se urdió contra Zayda Fatima en su mismo campo una conspiracion para apoderarse de ella; pero, como tambien dijimos, Zayda Fatima deshizo por la fuerza aquella conspiracion, ahorcó y mató á los principales conspiradores, y si no ahorcó á Hamete, fué porque este tuvo la suerte de escapar.

VIII.

Pero no habian cesado por esto las persecuciones contra Zayda Fatima.

El infante don Juan sabia que ella era el caballero del Aguila Roja, y no habia ocasion en que la compañía franca entrase en combate con la gente del infante don Juan, sin que muchos hombres escogidos no se lanzasen como fieras sobre ella, escitados por la gran recompensa que habia ofrecido el infante á los que tomasen preso al caballero del Aguila Roja.

Pero fuése providencia de Dios, fuése el grande esfuerzo de Zayda Fatima, que parecia tambien providencial, fuése que sus aventureros se sacrificasen por su capitán, la verdad era que los hombres escogidos por el infante don Juan para aquella empresa, ó eran muertos, ó tomados á prision, en vez de ser ellos los prendedores.

De estas asechanzas se salia bien porque se rechazaban á lanzadas.

Pero habia otras asechanzas sordas mucho mas dificiles de evitar.

Estas asechanzas provenian de Hamete-el-Zeirí, ó si queremos, de Pablo el Renegado, que provisto en gran manera de dinero y recatándose, habia logrado seducir á algunos de los aventureros de Zayda Fatima.

Sucedió en una ocasion que Zayda Fatima, despues de haber cenado y haberse recogido, se aletargó de una manera profundísima.

Inmediatamente algunos de los soldados que daban la guardia á la tienda de Zayda Fatima, y que estaban vendidos á Hamete, sorprendiendo á los pocos que no lo estaban, y matándolos en medio del silencio de la noche y del reposo del campo, penetraron en la tienda, envolvieron á Zayda Fatima en una alfom-

bra, y salían con ella, cuando una casualidad inesperada impidió el logro de esta traición.

Esta casualidad fué que el infante don Juan, ansioso también por su parte de apoderarse de Zayda Fatima, y siendo la noche muy oscura, pretendió sorprender su campo, y marchando solamente con peones para escalar la estacada, acometió bravamente y de improviso; pero tan buenos soldados eran los aventureros de Zayda Fatima y tan vigilantes cuando de guardia estaban, especialmente de noche, que los escuchas esparcidos fuera del campo sintieron venir al enemigo, le dejaron pasar, y antes de que hubiera llegado á la estacada, tocaron sus bocinas, se replegaron, y unidos, acometieron á los del infante don Juan por la espalda.

Eran los del infante muy buena gente, y mandábalos además Ben-Tayde.

Salieron por la poterna gran número de los de la compañía franca, y se trabó un combate encarnizado.

Las voces, las bocinas, el chasquido de las ballestas, el crujir de las armas, los alaridos, el estruendo, en fin, del combate, pusieron de improviso en armas todo el campo en el momento en que los traidores sacaban aletargada de su tienda á Zayda Fatima.

Acudió el conde don Lope, que tenía su tienda junto á la de Zayda Fatima, en el brazo derecho una adarga, en la mano izquierda una espada, y llegó á la tienda de Zayda Fatima á punto en que la sacaban los raptos.

Al ver el conde al escaso reflejo de la lámpara del interior, que de la tienda de Zayda Fatima salían soldados con un bulto, oyendo aquel estruendo de combate, creyó que en el campo había estallado una insurrección, y que los soldados robaban la tienda.

Arrojóse á cuchilladas sobre ellos, los arrolló, y miró el bulto, que al huir habían dejado sobre el suelo, encontrándose con Zayda Fatima aletargada.

Metiéndola adentro, acudió al lugar donde resonaba el combate, que cesó muy pronto, porque las gentes de don Juan habían

sido bravamente rechazadas, y se convenció de que lo que había causado la alarma no había sido una insurrección, sino una acometida del enemigo.

Este no había pasado de la poterna, á la cual no había podido llegar: ¿cómo, pues, había soldados de la compañía muertos junto á la tienda de Zayda Fatima, y el conde había encontrado á esta fuera de ella envuelta en una alfombra?

Llamóse á don Tobías, hebreo, que asistía como médico en la compañía franca, y examinando á Zayda Fatima, declaró que había sido aletargada con beleño, á juzgar por el sabor que tenía el agua que había quedado en el jarro de plata en que bebía Zayda Fatima.

Esto exculpaba á Gutierre Mesa, repostero, proveedor y cocinero de Zayda Fatima.

El narcótico no había sido en la cena; se había puesto en el agua, y era probable hubiesen hecho esto los de la guardia, que habían matado á sus compañeros que no habían tomado parte en la traición.

El alférez Melchor Zancudo, que había nombrado á los de servicio, sacó un papel y buscó los nombres de los que habían sido puestos de guardia en la tienda del capitán.

Compulsó luego, por decirlo así, los cadáveres, y halló que los traidores eran seis, cuyos nombres dijo.

Confirmó la traición el que cuando se buscó á estos miserables, no se les encontró.

Sin duda habían saltado la estacada durante el calor del combate y se habían ido á la hueste enemiga.

No había, pues, á quién castigar.

Don Tobías dió á Zayda Fatima algunas fricciones con una especie de licor rojo, la hizo aspirar un pomo, volvió en sí Zayda Fatima, y se maravilló cuando la contaron lo que había acontecido.

—En efecto, dijo Zayda Fatima; al beber el agua noté que tenía un sabor nauseabundo; pero en los campamentos no hay que reparar en el sabor de las aguas; se tienen como se pueden: gracias á Dios que no se ha llevado á cabo una infame traición.

IX.

Desde entonces la guardia de la tienda la daban hombres de confianza, mandados alternativamente, ya por Melchor Zancudo, ya por otros dos de los cabos con cuya fidelidad podía contarse, y además de esto, mientras dormía Zayda Fatima, velaba, como hemos dicho, en su tienda el conde don Lope.

Cuando se tocaba á cabalgar para ir á arremeter con los aragoneses, no se separaban de Zayda Fatima, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, el conde don Lope y Melchor Zancudo, con su estandarte, que en el momento de arremeter retenia en la mano izquierda, y armado con una formidable maza, abria un portillo en las mas cerradas filas del enemigo.

Un dia, un peon se deslizó junto al caballo de Zayda Fatima, y le puso un abrojo entre la silla y la grupa, en el momento en que las trompas de la compañía tocaban á arremeter.

Aquel hombre habia sido sin duda grandemente pagado, cuando se atrevia á un hecho tan temerario: y no fué esto solo, sino que al deslizarse á lo largo del caballo, cortó, con una pequeña segur que llevaba en la mano, una de sus riendas.

Apercibióse Zancudo, pero por pronto que quiso acudir al castigo de aquel infame, ya este habia escapado como un gamo hácia los aragoneses, que en escuadron cerrado esperaban sobre una pequeña loma.

Zancudo arremetió antes de que arremetiese todo el escuadron obedeciendo al toque, pero no pudo alcanzar al que huia.

Entre tanto, el caballo de Zayda Fatima, aguijado por el abrojo y sin gobierno, partió desbocado, apenas hubo hecho aquel hombre su mala hazaña, hácia el escuadron enemigo.

La velocidad de un caballo cuando se desboca, es infinitamente superior á la de los otros que van regidos.

El escuadron aragonés se abrió y cogió en medio á Zayda Fatima, emprendiendo en el momento la retirada.

—¡Voto á cribas, y á cien truenos, y á Júpiter, y á Baco! exclamó el bachiller alférez en cuanto vió aquello: que nos le llevan, señor caballero Sin nombre, que nos le roban; que él solo, aunque es bravo como un leon, no puede valerse contra tantos. ¡Aquí de los puños y del coraje!

Y espoloneando á su caballo y dando la rienda y haciendo lo mismo el conde y lo propio las lanzas de la compañía, á revienta caballo, sin reparar en tropiezos ni en obstáculos, y perdiendo algunos ginetes en aquella violenta corrida, alcanzaron á los aragoneses.

Arrollaron, desordenaron, y al fin el conde y el bachiller lograron llegar adonde estaba Zayda Fatima, fatigada del rudo pelear y herida en muchas partes.

Era la primera vez que Zayda Fatima habia sido herida.

Esto causó un gran furor en su gente, que se ensañó contra los aragoneses, en los cuales hizo una gran matanza, y es fama que el mismo infante don Juan, que habia asistido á aquella especie de celada, escapó milagrosamente á uña de caballo del furor del alférez bachiller Zancudo, que estuvo á punto de meterle una lanzada por la espalda, á vuelta de los latines que le encajaba, viendo que no podia detenerle á que se volviese á pelear hablándole en castellano.

Pero como quiera que el infante se aproximase al escuadroncillo de lanzas aragonesas que cargaba en su socorro, el alférez revolvió su caballo y se volvió con los suyos, poco dispuesto á que de él, cogiéndole solo, se burlasen los enemigos.

X.

Prevínose que de allí en adelante el caballo de Zayda Fatima fuese encubertado de mallas, y que por riendas llevase cadenas.

Entre tanto, Zayda Fatima, porque sus heridas tenían alguna gravedad, fué conducida á Mayorga, en cuyo castillo la aposentó con grandes consideraciones, debidas á quien tan bien servía á la reina, el rico hombre Garci Fernandez de Villamayor.

El conde don Lope, por su parte, envió un correo á la reina, que estaba en Valladolid, harto apesurada por lo que acontecia y por lo que la pedían los Haros y los Laras para servirla, avisándola del mal estado en que se encontraba el caballero del Aguila Roja.

CAPITULO IV.

LO QUE HABLARON UN ABAD Y UN PRIOR.

I.

Era una hermosa tarde del mes de agosto, y una muy hermosa huerta: la del convento de Dominicos de San Pablo de Valladolid.

Cerca del portalon de la huerta que daba á la calle, bajo un tupido emparrado, junto á una puerta que conducía á una hermosa y fresca sala baja, donde habitaba el prior, sentado en un ancho sillón de roble, delante de una pequeña mesa en que habia conservas de monja, y en una jarra de búcaro agua enfriada en un pozo, estaba un señor con traje entre eclesiástico y seglar, como de cincuenta años, de complexion delicada, de fisonomía espresiva y benévola, de mirada inteligente, muy pálido, y con el cabello entrecano.

Hablaba con él, sentado en otro sillón, del otro lado de la mesa, con voz estentórea, á pesar de que la contenía, un religioso robusto, de buena estatura al parecer, aunque no podia juz-